

cuantos habían contribuido á esa obra de caridad y de salvación.

Aquella elevada inteligencia, á la que correspondía un corazón más noble todavía, (y que vive aún hoy día en que escribimos), se encendió aún más.

Con sublime celo exclamó:

—Ya que haceis una Iglesia para pobres artesanos con limosnas que andais recogiendo, quiero daros de balde no sólo el dibujo, sino que dirigiré yo mismo las obras sin retribución alguna, y costearé mi viaje á Pompeya siempre que fuera necesario el ir.

Yo no tocaba el suelo con los pies: sentíame fuera de mí por la alegría, y escribí enseguida á Valle:

«Querido D. Genaro: Suspéndanse *todas las obras*. Dios ha venido en mi ayuda. Me ha hecho encontrarme con un ingeniero, un profesor de la Universidad, que ha ofrecido dirigir la obra *sin retribución alguna*, y tampoco quiere ser reembolsado *de los gastos de viaje*.

Dios nos protege visiblemente. ¡Animo pues! Vendré en la semana entrante, ya que en estos días será recomendada nuestra obra desde el púlpito en algunas iglesias de Nápoles, donde suele acudir más gente de la aristocracia.—Adiós.

Nápoles 20 de Mayo de 1876.—Vuestro,
Bartolo Longo.»

§ VI.—Flores de Mayo 1876.
A Montesanto
y en Santo Domingo Soriano.—El P. Rossi
y el P. Altavilla, de la C. O. G.
Cómo sucedió que en Santo Domingo
Soriano fui tomado por un
bandido y protestante.

«No puede imaginarse nadie que no lo viera la pompa y magnificencia con que se festeja en las provincias del Mediodía, y especialmente en Nápoles, el mes de María.»

«A quien mira las cosas del cielo con un corazón frío y egoísta, aquella magnificencia parece supérflua y excesiva; pero para los pueblos nacidos y crecidos bajo un cielo resplandeciente, en una tierra á orillas de un mar alegre y brillante, es necesario que se les manifieste la religión con actos de alegría. No se contentan sólo con algunas preces y sermones dichos en un templo. Quieren luces, flores, cantos, ruidos, disparos de pólvora, y cuanto mayor sea la pompa, tanto más creen hacerse querer por la Virgen. ¿Es error, abuso de devoción?

Aunque hubiese en ello abuso ó error, no falta la intervención de la Iglesia para organizar todo con su sabiduría de modo que se excluya

la ofensa de Dios y el daño de las almas; y no habiendo falta alguna, hay en cambio el placer de todos, y mejor es que el pueblo se entusiasme por la Reina del cielo que por ídolos é intereses mundanos».

Estas palabras fueron escritas por el profesor D. José de Bonis, en su libro *Espinas y rosas de Pompeya* en el 1887, y las hemos copiado aquí por ser adecuadas á nuestro hecho.

Sabíamos cuánta gente de buena sociedad acudía á ciertas Iglesias de Nápoles para celebrar el mes de María; y fuimos de opinión que, pudiendo llegar á invocar la ayuda del buen pueblo napolitano, siempre dispuesto á buenas obras, máxime oyendo sermones que tratan de María, sacaríamos grandes limosnas para la nueva Iglesia de Pompeya.

Como mi nombre era desconocido á la mayor parte y no podía yo hallarme á la vez en diferentes iglesias ó casas, determiné imprimir un programa en hojas sueltas, en el que, con palabras de encendido celo, me esmeré en excitar el ánimo ardiente de los napolitanos para concurrir á la creación de una Iglesia al Dios verdadero sobre la tierra de muertos y ruinas paganas.

—Napoleón III—iba yo diciendo conmigo mismo—aseguraba que con *sesenta mil franceses* habría expugnado cualquiera plaza fuerte de Europa, y yo, con *sesenta mil programas*

bien distribuidos, llegaré á erigir la Iglesia de Pompeya.

Demos, pues, el asalto á los corazones de los buenos napolitanos con un *ejército* de impresos.

Pero ¿cómo presentarme á los Párrocos y Rectores de Iglesia para obtener que se predique desde el púlpito en favor de la obra de Pompeya, nueva y sin recomendación de persona fidedigna de Nápoles, y por mí, que soy también nuevo y desconocido de aquellas personas? Así meditaba yo.

La Providencia, que disponía todo para el buen resultado de la empresa, me había abierto ya una vía. La señora Ana Lucarelli, que era aquella dama que fué la *primera* privilegiada por la Virgen de Pompeya, era muy conocida en el mundo del arte como pintora, literata, poetisa y amante de la música. Su aire majestuoso, su manera de hablar seria y al mismo tiempo expresiva y vivaz, la hacían insinuante y persuasiva. Además llevaba siempre consigo una prueba concluyente, y era su sobrina Clorinda, señal visible del prodigio de la Virgen. Y esto bastaba para conmover los corazones, aun los más duros é inflexibles.

Le expuse, pues, mi idea, de presentarnos juntos con la muchacha en las principales Iglesias donde concurría mayor número de personas elevadas, y mover el corazón de los Párrocos primero, y luego de los fieles, para dar

algún óbolo para la Iglesia de los pobres aldeanos.

La señora Lucatelli, que además de ser perfecta cristiana, debía cumplir su voto de hacer predicar en todas las Iglesias la gracia que había alcanzado, no se hizo rogar para satisfacer mi deseo. Y fué en la iglesia de Montesanto á la que dirigimos nuestros primeros pasos.

En aquella Iglesia predicaba entonces el mes de María el mayor predicador que había conocido en Nápoles, y que llamamos ahora el padre Carlos Rossi, Jesuita de Lecee. Sus sermones, llenos de la sana doctrina de la Iglesia, ilustrada principalmente por las doctrinas de Santo Tomás y de San Agustín y aplicada á la vida práctica, fueron manantial de donde tantas almas sacaron principios morales para guía en medio de la sociedad, y yo á ellos debo particularmente una gran parte de mi instrucción ascética.

Aquel reverendo Padre me conocía mucho y tenía en gran consideración á la condesa Fuseo y á la señora Lucatelli, por lo que se encargó con mucho gusto de anunciar desde el púlpito la empresa de Pompeya y de contar la primera gracia alcanzada en esa Iglesia. El día 21 de Mayo, que caía en domingo, en que solía ir más gente á la Iglesia—habiendo obtenido licencia para ello del cura de Montesanto,—el padre Rossi hizo el deseado anuncio.

Y cuando llegó el momento de la peroración, se adelantó de entre el gentío la niña Clorinda vestida de blanco y con una bandeja para recibir las ofertas de los fieles, y yo iba á su lado distribuyendo á montones mis sesenta mil programas. Verdaderamente, no fué grande la cosecha; trescientos cuarenta sueldos! diez y siete liras!... pero para mí era más de lo necesario, pues miraba principalmente á despachar mis programas. Estaba persuadido que aquellos escritos con colorido de fuego no podían dejar de hacer arder los corazones de los católicos que los leyesen. Tal era mi fé en el buen éxito conociendo la fuerza que ejerce la publicidad en la sociedad civilizada.

*
**

Animado por ese escrito propuse á aquellas señoras el ir sin perder tiempo á la Iglesia parroquial de Santo Domingo Soriano, á donde acudían muchas personas de la nobleza, atraídas por las palabras afectuosas é insinuantes del P. José Altavilla, jesuita, que predicaba allí el mes de María, que se celebraba con gran pompa y magnificencia.

Ese buen Padre nos presentó al Rvdo. Párroco, que era entonces D. Vicente Maria Sarnelli, de una santidad, instrucción y actividad apostólicas tan señaladas, que un año después fué muy merecidamente preconizado

al Episcopado de Castellamare di Stabia por el Papa Pío IX. Ese digno Prelado, muy devoto y estimulador de la obra de Pompeya, es hoy arzobispo de Nápoles y me honra con su benevolencia.

En verdad, cuando le fui presentado por primera vez me dejé llevar por mi naturaleza viva y decidida, ageno de ceremonias y reticencias como quien tenía la intención de obrar sólo para gloria de Dios; y estuve con él con demasiada franqueza y resolución. De esta primera entrevista debió sacar de mí una impresión desfavorable y fué tal vez justo permiso de Dios para humillarme y por otro lado ensalzar su obra como veremos luego.

El resultado fué que el Rvdo. Párroco por varias razones que se dignó indicarme, no consintió del todo lo que pedía, es decir: que se anunciase desde el púlpito la obra de Pompeya, en un día de fiesta cuando mayor fuese el concurso de gentes, y que se pidiese limosna en un día festivo en el Templo de Pompeya; que la niña Clorinda hiciese la colecta entre el devoto auditorio, y que yo distribuyese *mis programas*.

No me permitió nada de esto; sólo concedió que se hablase de nuestra obra desde el púlpito, en día de trabajo. Y sin más señaló el día del *Miércoles* siguiente. Pedí se me permitiese al menos distribuir mis programas en la Iglesia al momento del anuncio y me fué rehusado.

Solamente me fué permitido ofrecer mis programas en la Sacristía, y allí también tomar nota de algún asociado que se presentara espontáneamente.

—Más vale poco que nada, pensé y me resigné.

Sólo que esa orden de aquel buen Cura que me pareció rigurosa, no fué más que un admirable designio de la Providencia. Nadie reparó entonces que aquel Miércoles caía precisamente el 24 de aquel mes, día consagrado á la Santísima Virgen bajo el glorioso título de *Ayuda de los Cristianos, Auxilium Christianorum*. Pero si nosotros no lo observamos, bien lo hizo valer el elocuente orador, Padre Altavilla como lo veremos en su lugar.

*
* *

Llegada la mañana del Miércoles 24 de Mayo, me presenté cargado con mis programas. Y no estuve solo. Además de la Señora Lucatelli y de sus sobrinas Clorinda y Laura, y de la Condesa con sus hijos, me acompañaba mi fiel amigo Juan Vastarella, aquel Señor siempre agradecido á la Santísima Virgen que le había salvado su hija, Cometta. Estaba á mi lado con grande oferta y fidelidad ejemplar. Dejé las señoras en la Iglesia pues aquella mañana no servía su concurso, y fui en busca del Padre Altavilla.

—Padre, le dije, ya que no puedo hacer una cuestación ni distribuir mis programas en la Iglesia, me recomiendo para que V. diga alguna palabra ardiente á los napolitanos para que vengan á la Sacristía los que quieran asociarse; allí me encontrarán é inscribiré sus nombres.

Por fortuna el Ecónomo de esta parroquia es muy devoto del Rosario y me ha puesto muy buena cara. Ha tomado mis programas en depósito y me ha prometido tomar nota de cuantos vendrán á la Sacristía para suscribirse después del Sermón ¿Puedo contar con V.?

Apreté fuertemente su mano y se la besé con afecto respetuoso.

Aquella mañana estaba llena la Iglesia, el Sermón empezó á la hora acostumbrada.

El gran orador elegido ya por María como uno de sus primeros apóstoles del Santuario de Pompeya, apropiando su sermón á la fiesta del día, empezó á desarrollar todas las antiguas victorias del Rosario, desde Lepanto hasta nuestros días, con un ardor y una elocuencia atrayente. Todos los ánimos estaban suspensos de sus labios.

Estaba yo de pié en medio de la gente y me latía el corazón fuertemente cada vez que oía nombrar la palabra *Rosario*, esperando llegase el turno del *Rosario de Pompeya*. Pero con asombro mio, el orador no hacía la más pequeña alusión á ello.

Me consolaba pensando que era costumbre en Nápoles hacer los anuncios de nuevas obras en el momento de descanso que toma el predicador hácia la mitad del sermón. En efecto, cuando concluyó la primera parte del sermón, que me había parecido demasiado largo, el P. Altavilla, se sentó.

—Por fin!... pensé... ha llegado el momento! y se me subía la sangre á la cabeza al mismo tiempo que aumentaban las palpitaciones de mi corazón.

Pero el P. Altavilla no parecía recordarse de nada, y empezó á recomendar otras obras de la parroquia. Luego pidió una limosna para una obra del Párroco y se disponía á levantarse para continuar el sermón.

El experto orador había reservado para lo último el golpe maestro á fin de obtener el efecto insuperable de la peroración en favor de la Iglesia de Pompeya. Pero yo que ignoraba esa pia extratagema, creí que en el fervor de la peroración se había olvidado de lo que habíamos convenido, y no sabía qué pensar, ni qué hacer.—*Se le ha olvidado!* repetía yo mecánicamente lleno de tristeza... Adios mis esperanzas! Y después de tantas humillaciones y súplicas! Se le ha olvidado!... Tendría que recordárselo, pero ¿cómo puedo llegar al púlpito?

Esta última idea se apoderó de mí. Sin darme cuenta de lo que hacía, eché á andar

precipitadamente, y llegué al pié de la escalera que sube al púlpito. Mi idea era de subir aquellos escalones y con disimulo decir al predicador dos palabras: «Recordaos de Pompeya... en la sacristía están los programas... y nada más.

*
**

Por mi desgracia, había sucedido que precisamente en aquel día algunos jóvenes mal intencionados, tal vez pagados por alguna secta, se habían puesto en medio de la Iglesia en la hora de la función y del sermón, y haciendo como si reñían entre ellos, habían llenado la gente de tanto miedo y escándalo, que hubo que suspender la función.

Lo mismo había sucedido en la Iglesia de Santa María de los Angeles en Pizzofalcone, donde había corrido la voz de que un asesino, un *acuchillador* de aquella terrible secta, había venido á la Iglesia para matar al predicador. En verdad, no sucedió nada de esto; sólo hubo una confusión espantosa, que hizo huir á los fieles de la Iglesia, y concluyó el sermón antes de tiempo.

Al ver mi ademán, mi cara pálida y agitada, mis modales atrevidos, los guardianes de la Iglesia y unos señores que rodeaban el púlpito creyeron que yo fuese uno de aquellos acuchilladores, y que mi intención era matar al

predicador. Vinieron enseguida hacia mí impidiéndome el paso.

—Qué quereis hacer?—me preguntaron con aire amenazador.

Yo que estaba muy lejos de comprender el equivoco, y llevado de la idea que me preocupaba, contesté apresuradamente:

—Quiero avisar al predicador, que se ha olvidado que en la sacristía están los programas y pueden suscribirse las personas.

—Qué programas, ni qué personas?... márchese!

—Pero debo...

—V. no puede, ni debe. Márchese! contestaron con tono de mando.

Desconsolado, echado, no tuve más remedio que ir enseguida á la sacristía y pedir consejo al ecónomo sobre el desgraciado accidente.

Pero al momento de entrar en la sacristía, oí la voz del P. Altavilla, que concluía su sermón recomendando con palabras enfáticas la obra de Pompeya.

—Una Iglesia cristiana—decía—se ha empezado al lado de las ruinas del paganismo. Es la primera vez desde el origen del cristianismo que se eleva en Pompeya un templo al Dios verdadero. El número de las Victorias del Rosario no se ha agotado aún. Vosotros, napolitanos, sois escogidos por el cielo para erigir

una Iglesia al Dios verdadero, en la tierra donde no es adorado.

Y continuaba exponiendo calurosamente cuanto se había hecho y quedaba por hacer.

Ningún orador había hablado con tanta unción y fervor en favor de nuestra humilde obra, apoyando sus dichos con narraciones de prodigios recientes.

Al oír aquellas palabras de tan irresistible valor, muchos de los que le escuchaban, animados de devoción á su voz se fueron á la sacristía, los unos para pedir explicaciones, otros para suscribirse ó pedir libros, imágenes ó cosas semejantes. Pero yo no tenía más que *mís programas* y una hoja de papel blanco para las suscripciones.

Era ya tarde, la Iglesia debía cerrarse, y la gente se agolpaba en la sacristía de Santo Domingo de Soriano de manera que impedían el paso á los sacerdotes y á los dependientes. El Rvdo. Ecónomo, D. Vicente, se afanaba en distribuir programas, y yo me apresuraba á registrar nombres y señas de los caballeros y señoras que me estaban rodeando. Después para no enfriar tanto ardor y para no despedir tanta gente sin satisfacerla, se anunció en alta voz que al día siguiente quien quisiera podía volver á la sacristía para asociarse y pagar el óbolo de la suscripción. Y todos se marcharon repitiendo: hasta mañana, hasta mañana.

Entre tanto la voz de un *acuchillador en la Iglesia*, de un *atentado reprimido*, había llegado á los oídos del Párroco, y los más celosos lo contaron al P. Altavilla que no hizo caso.

La Sra. Lucarelli y la Condesa, para demostrar su agradecimiento, fueron á visitar al señor Cura, y éste que había sabido todo lo ocurrido aquella mañana, les dijo con la mayor cortesía:

—Son ustedes dueñas de venir siempre que quieran á esta sacristía, pero aquel joven (y aludía á mí) *no, es un imprudente!*

Luego observó justamente que no debía meterse tanto ruido en una pequeña sacristía, y máxime cuando se celebraba una función como la del mes de María. Por lo tanto no habría permitido que se recibiesen allí las suscripciones al día siguiente.

Volviéndose luego hácia mí, me dijo con tono resuelto y severo.

—Sea este el último día, mañana no permito tanta confusión.

Se me estrechó el corazón al oír esta orden tan inesperada. Pensé ¡cuántas señoras vendrán mañana!... ¡cuántos caballeros á quien he prometido me hallarían mañana en la sacristía!

Me marché triste y desconsolado.

A la mañana siguiente volví á la Iglesia de Santo Domingo Soriano, confuso y desanimado. No atreviéndome á entrar en la sacristía

por la prohibición recibida, me fui al confesonario del P. Altavilla, que estaba enfrente del altar de la Virgen de la *Salette*.

Apenas me hubo visto el buen Padre exclamó!

—Muchos señores y señoras se han presentado en la sacristía, pero yo tenía dicho al Ecónomo que quien viniera para asociarse á la Iglesia de Pompeya, se dirigiera á mí en el sabido confesonario. He aquí, pues, *setenta y dos liras* recogidas en esta hora; en este pedazo de papel he escrito las señas de los nuevos asociados.

Respiré. Este ingenioso Padre había salvado la posición. Me gustaba también que en vez de dirigirse á mí, persona desconocida, fuesen los napolitanos á aquel Padre Jesuita digno de fé y muy apreciable; de ese modo mi pobre obra ignorada, crecería en reputación.

*
* *

A la hora del sermón la Iglesia estaba llena de un auditorio escogido. Me penaba el pensar que no toda aquella gente conocía el proyecto de *una Iglesia en Pompeya*. Si todas esas personas leyesen *mis programas*, pensaba yo, todas serían inspiradas por la Virgen para suscribirse.

Habiéndome fijado en esta idea, me vino de repente un pensamiento que manifesté á mi fiel compañero, el Sr. Vastarella.

— En la Iglesia—le dije—el cura es el dueño, y puede prohibirme distribuir mis programas; pero fuera de la Iglesia, la calle es del público y cualquiera puede distribuir los papeles que quiera. Sígame usted.

Y apenas concluyó el sermón, me coloqué con mi amigo á la puerta de la Iglesia, y á medida que salía la gente, mi amigo y yo nos apresurábamos á presentar los programas diciendo:

— Esta es la Iglesia de la cual habló ayer el padre Altavilla... En este programa se describe la obra de que habló ayer el P. Altavilla... y otras frases semejantes.

Los lectores sabrán que la hidra protestante ha intentado arraigarse hasta en Nápoles, y hace ya cinco lustros que procura envenenar á aquellas queridas y puras poblaciones. Entre los expedientes que cree mejores para llegar á su intento es la *prensa*; así es que á menudo se encuentran por las calles principales gentes pagadas, que os ponen en las manos hojas, opúsculos y libros preñados de hipócritas sugerencias y herejías contra el Papa, la Iglesia católica y la Virgen Inmaculada.

Sucedió, pues, que aquella mañana, entre la gente que salía de Santo Domingo Soriano, se hallaba un devoto y celoso tendero que vendía

alfileres, agujas, botones é hilo en un almacén cerca de la Iglesia de San Miguel, en la plaza de Mercatello, hoy plaza Dante. Este, viendo mis modales de hombre convulso, ocupado sólo en distribuir impresos, me tuvo ciertamente por un protestante.

--Qué atrevimiento! -- exclamó aquel buen tendero-- distribuir impresos heréticos en nuestros hocicos, y precisamente en la puerta de una Iglesia católica!

Y llevado por su celo en defensa de la religión, llamó á sí algunos amigos, y decidieron, que si me presentaba á la tarde para repetir mi farsa, se aprovecharían de la oscuridad para apalearme; y pensando hacer cosa grata al padre Altavilla como revindicación en honor de la religión en aquella Iglesia donde él predicaba por la tarde, le avisaron previamente.

El sabio Padre comprendió enseguida que habían caído en otro equivoco. Quería avisarme para evitar un mal paso, pero en aquel momento en que estaba por concluir su sermón, me hallaba yo ya en mi lugar con mi compañero Vastarella, repartiendo programas y gritando: «Se erige un templo en Pompeya!... Hé aquí el programa para un templo en Pompeya!...

El buen Padre no pudo hacer más que avisar á los que alquilaban las sillas, que los que repartían los programas *eran amigos suyos y no*

protestantes y que los defendiesen en caso de necesidad.

Mientras atendía á mi ocupación, sentí de repente un golpe debajo de mi oreja izquierda. Era una piedra que me habían tirado.

Me volví enseguida y me pareció que muchos de los que habiendo salido de la Iglesia se juntaban en la calle; me miraban con ojos torcidos y amenazadores. Como ignoraba de qué se trataba y no buscaba más que la ocasión de distribuir mis programas, me pareció un momento oportuno, viendo tantas personas católicas reunidas en un mismo punto, donde lo habría encontrado mejor, me adelanté para cumplir mi tarea..., cuando siento otro golpe en la frente. Esta vez me habían tirado un troncho.

Entonces empecé á comprender que era yo el blanco de sus tiros, y al mismo tiempo oí que me decían en voz baja: «El P. Altavilla desea ver á usted en su casa enseguida».

Era el alquilador de las sillas, que venía á socorrerme.

Las miradas que me echaban á través y algunos epítetos que me daban de *perro excomulgado*, me hicieron presumir que era víctima de otro equivoco. Contra ese asalto por parte de hermanos no tenía más remedio que huir. De modo que me marché con precipitación, rozando la pared de la Iglesia y con la cara en ascuas, conmovido y desconcertado, como bien

se comprende por el hecho tan doloroso que me acababa de suceder. Me apresuré á entrar en casa del jesuita, que estaba allí cerca.

—De buena se ha librado V.—me dijo sonriéndome en cuanto me vió entrar — y me contó lo que sabía. Pero luego, para consolarme, me entregó más dinero y listas de nuevos asociados.

Cuando volví á mi casa mi conciencia me decía: «Acuérdate que tú, hijo de la Iglesia católica, has ultrajado frailes y sacerdotes en el teatro y en las conversaciones, y ahora los hijos de la Iglesia te ultrajan á tí en el umbral del santuario; es justicia remuneradora; con esto queda satisfecha la justicia de Dios.

* * *

A pesar de aquellas pequeñas contrariedades que me sobrevinieron, es cierto que en aquella Iglesia de Santo Domingo Soriano estalló una chispa, que pronto se hizo una hoguera.

Todos los que oyeron las palabras ardientes del P. Altavilla fueron tan fuertemente impresionados, que se hicieron á la vez propagadores de la obra. Volviendo á sus casas, repetían á sus parientes, amigos y criados lo que habían oído, por lo que muchos, sin conocer detalles, se aficionaban á la obra; y la noticia de que se erigía un *templo en Pompeya* se difundía entre las familias y personas de la clase media, que

Nápoles es privilegiada por Dios á causa de su piedad y misericordia hacia los pobres.

Por eso los napolitanos se enamoraban de esta obra y se encendían en caridad hacia los pobres de Pompeya que se hallaban privados de Iglesia y de instrucción religiosa, y poco á poco pusieron en mí su confianza y benevolencia.

Por lo que, si al principio sucedía que me recibían mal y de mala manera cuando iba por las casas pidiendo el óbolo de la asociación, desde entonces fueron más benignos, y á veces me preguntaban con sclicitud cómo iba la nueva empresa, que muchos llamaban santa.

Desde el día del sermón en Santo Domingo Soriano muchas señoras y señoritas se hicieron fervorosas propagandistas, entre ellas la duquesa de Casalnuovo, la duquesa Albertini Sogi-Carafa, la marquesa Tommasi, el marqués Torre, D. Vicente Correale, las señoritas Julia Marmili de los duques de Carinari, las de Tozzi, la Sra. Rippe y otras que nombraremos á medida que se presente la ocasión.

Además, varios artistas que se hallaron presentes, ofrecieron trabajar de balde para nuestra obra, y entre ellos recordamos al devoto é ilustre pintor Federico Maldarelli, que se presentó al P. Altavilla aquel mismo día 24 de Mayo, y le dijo con tono de gran piedad: «Me propongo, Padre, para pintar el cuadro del altar mayor, de que ha hablado usted.

También vino á ofrecerse el pintor Laezza y luego el gran artista que todos hemos llorado en Nápoles, el Sr. Cayetano Moninle.

*
* *

Todas esas flores de piedad y de caridad aparecieron en Nápoles en aquel mes de Mayo, que fué el *primero*, el más señalado Mayo que marcó la *primera hora del Santuario de Pompeya*. Pero no debía concluir ese dichoso mes consagrado á la Reina de las Flores, sin que hubiésemos cogido *muchas flores de caridad napolitana*. Obtuvimos que nuestra humilde empresa fuese predicada en la grande y frecuentada Iglesia de Santa Brígida, en donde lanzamos los programas con profusión, que nos proporcionaron mucha gente de la clase baja y media, pues con oír las predicaciones y leer los programas se llenaron de celo, y á su vez atrajeron otros entusiastas, y al cabo del mes de Mayo, el número de los suscriptos fué cuatro veces mayor. Esto explica el título de *Flores de aquel Mayo*, que hemos puesto á este capítulo.

CAPÍTULO II

EL 8 DE JUNIO DE 1876.—LA PRIMERA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE POMPEYA.—LA SRA. JUANA MUTI.

El primer día de Junio de 1876 íbamos la condesa y yo en giro, pidiendo una limosna á varias familias para llenar los fundamentos que ya estaban zanjados.

Íbamos preguntando, yá á uno, yá á otro de nuestros conocidos, quiénes serían las personas más propicias á darnos un *soldo* al mes.

El P. Cirilo de Forío, d'Ischia, nos dijo que sabía de una familia rica y caritativa, que se llamaba Laghezza, y que vivía en la calle de Santa Teresa, núm. 75.

Fuimos enseguida allí, para hacerla suscribir por un *soldo* al mes. Era el 6 de Junio.

Aunque esos señores nos recibieron con mucha cortesía, sin embargo, al oír nuestra petición, y no pudiendo prestar entera fé á nuestras palabras, para librarse de aquella importunidad exclamaron: «Es imposible edificar una Iglesia con un *soldo*»; como si dijeran: desistan de esa utopía.

Entonces para convencerlos, les contamos que la Virgen del Rosario había ya concedido